



“EL BROMISTA PROFESIONAL”

(Lee con atención y subraya las cosas que aparezcan y que no tengan lógica en esta historia)

Para Juan era un divertimento gastar bromas continuamente a todo el mundo que se le ponía a tiro. Tenía una completa recopilación de bromas que iba aplicando sin ton ni son a todo aquel familiar, amigo desconocido que se cruzaba en su camino. Esta afición, no era nueva, sino que le venía desde niño, y lo malo era que con 40 años aún seguía con sus bromas. Lo mismo tocaba los timbres de las casas conforme iba paseando por la calle, como le ataba juntos los cordones de los zapatos a los que esperaban en el paso de peatones.

Un día de esos, de los que le daba por tocar los timbres, iba barco por barco pulsando y corriendo para que lo vieran, hasta que tocó en el número seis de la calle “El duende verde”. Pero cuando salió corriendo, se dio cuenta de que el timbre se lo había llevado pegado al dedo. Sacudió la mano con fuerza, pero el timbre siguió ahí pegado; tiró de él, pero lo único que consiguió fue oír un “din don, din don,...” que iba subiendo de volumen, hasta que dejaba de tocarlo.

El primer, sin que el timbre no se separaba de su dedo, no salió de su sorpresa. Al llegar a casa mantuvo la mano escondida en su bolsillo por miedo a que su mujer, cansada de sus bromas, le llamara nuevamente la atención. Aquella noche pensó que seguramente se trataba sólo de una pesadilla y que cuando despertara todo habría acabado. Pero a las cuatro de la mañana, al girarse en la cama, un “din don, din don,...” lo despertó y pensó que aquello era tan real como las sirenas del mar.

Por la mañana en la cafetería, cada vez que cogía la taza del café se oía “din don, din don,...” y los clientes, con cara estupefacta, se volvían primero hacia la puerta y luego lo miraban a él. Más tarde en el servicio de caballeros, al bajar la cremallera de su pantalón sonó un “din don, din don,...” que hizo que los señores que estaban allí se llevaran tal susto que unos se pusieron los zapatos chorreando y a otros se les cortó el pis.

Así pasaron meses en los que si se rascaba la cabeza: “din don....”, que estrechaba una mano: “din don....”, que escribía en el ordenador: “din don....”, que conducía el coche: “din don....”, “din don....”, “din don....”

Un buen día, totalmente desesperado y afligido por las bromas que había realizado durante tantos y tantos años, empezaron a salir de sus ojos un mar de lágrimas de arrepentimiento, que pensó, que acabarían con su sufrimiento; pero al ir a secarlas con sus manos, rozó sin querer el dedo donde estaba el timbre pegado y se oyó: “din don....”, “din don....”, “din don....”.

Moraleja: ¿Esperabas un final feliz?. Puedes, debes saber que el estar arrepentido es un primer paso, pero eso no significa que lo que has hecho tenga consecuencias.



COMPRENSIÓN LECTORA

1.-Indica a qué se dedicaba Juan.

Era Capitan de un barco

Trabajaba de amarero

Era un bromista

2.- ¿Te parece lógico que a su edad hiciera esas cosas? _____ Razona tu respuesta:

3.- Señala sólo los que sea cierto según lo que has leído:

Juan gastaba bromas a todo el mundo.

Tuvo miedo que sus padres se enfadaran.

Tocó un timbre de la calle "El duende azul".

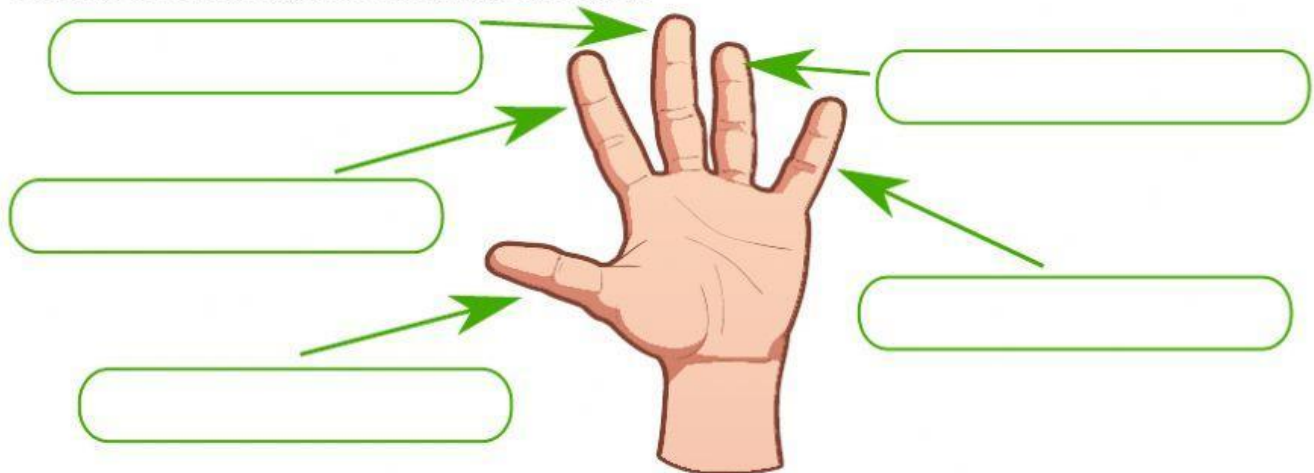
Se pasó meses con el timbre pegado.

El timbre se le quedó pegado al dedo.

Lo que hacemos tiene sus consecuencias.

4.- ¿Qué dedo crees tú que utilizaría Juan para tocar el timbre? ¿Por qué?

5.-Escribe el nombre de los dedos de la mano.



6.- Hay un dedo cuyo nombre es una palabra polisémica. ¿Cuál es? _____

7.- ¿Has gastado o te han gastado alguna vez una broma? Cuéntala brevemente.